

### CAPITULO III.

#### EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA.

La influencia del Renacimiento sobre la Reforma es incontestable. Verdad es que los primeros humanistas no trataron de atacar al catolicismo, y que hubo siempre muchos que, entregados por completo á sus libros predilectos, no pensaron en entrar en lucha con la Iglesia. Esta fué una de las fases del Renacimiento, pero tiene otras mil; al apreciarlo, no se debe olvidar que no tanto es un regreso hácia la antigüedad cuanto una vida nueva, y que la vida tiene infinidad de variedades. Los literatos siguieron caminos muy diversos; mientras que unos se contentaban con el estudio pacífico de la antigüedad, otros llevaban hasta el fanatismo el culto de los antiguos, y á fuerza de exaltar á Griegos y Romanos, se hacian paganos é incrédulos; otros, por último, prepararon el camino á la Reforma y se unieron á los reformadores. Algunos de los jefes de la revolucion religiosa fueron humanistas; el dulce *Melanchton* y el atrevido *Zuinglio* pusieron al servicio del protestantismo, el uno su ciencia y el otro la libertad de espíritu que habia adquirido en el estudio de los antiguos. Tal fué la tendencia general del Renacimiento en Alemania. El genio de la nacion es religioso, y necesitaba una religion más íntima, más severa que la que reinaba en Roma en el siglo xvi. En cuanto los Alemanes cultivaron las letras, se dedicaron al estudio de los libros sagrados: éste fué el comienzo de la Reforma (1).

(1) ROD. AGRICOLA, uno de los primeros humanistas alemanes, deploraba las tinieblas de la Iglesia; reprobaba la misa y el celibato, disputaba ya acerca de

Es imposible negar, dice Lutero, que el Renacimiento favoreció el estudio de la Escritura (1); y sabido es el temor que inspiraba á la Iglesia la lectura de la Biblia. Entregar la palabra de Dios á la discusion de los fieles ¿no era separarlos de la religion ortodoxa y hacerlos volver al cristianismo primitivo? En realidad los literatos llegaron por medio de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia á las mismas ideas que los reformadores, opusieron el cristianismo primitivo al catolicismo; predicaron el regreso á la pureza evangélica. Por otra parte el Renacimiento desarrolló la libertad del espíritu, la luz de la antigüedad disipó las supersticiones que se habian generalizado en siglos de tinieblas (2). Por último; el Renacimiento y la Reforma tenian los mismos enemigos: los frailes y los teologastros odiaban á los literatos tanto como á Lutero: esto hizo que ambas causas se confundieran. Los humanistas y los reformadores llegaron á ser aliados casi sin quererlo (3).

Las diversas tendencias del Renacimiento se unieron en un hombre, cuyo nombre conserva su grandeza en medio de los grandes hombres que ilustraron el siglo xvi. *Erasmus* era considerado por Lutero como un racionalista, y los católicos decian que en sus obras se encontraba todo Lutero (4). Estas dos censuras parecen contradictorias; sin embargo, ambas tienen su fundamento. *Erasmus* es á la vez un precursor del protestantismo y un espíritu libre que anuncia á los libres pensadores. Es preciso considerar bajo muchos puntos de vista este genio tan variado para conocerlo y hacerle justicia. Los frailes, enemigos del Renacimiento y de la Reforma, no se engañaban al decir que era semi-

la justificacion por la fe y las obras. (MELANCHTHONIS, *Declamatio*, t. I, página 602.)

(1) LUTHERI *Epist. ad Erasm.* (ERASMI *Op.* t. III, 1, p. 846.)

(2) El abate TRITHEIM se lamenta de la libertad de espíritu que reinaba entre los humanistas: «*Sanctorum miracula et exempla velut deliramenta contemnunt, nihilque sanctum admittendum existimant, quod philosophorum argumentis non probant, revelationes omnes a Deo devotis hominibus ostensas mendacia vel somnia mulierum reputant, legendas sanctorum fabulas apellant, &c.*» (*De laudibus S. Annæ*, c. 3.)

(3) ERASMI *Epist.* 542 (*Op.*, t. III, 1, p. 591).

(4) ERASMI *Op.*, t. I, p. 900.

protestante (1); decían que *Erasmus* era peor que Lutero; que *Erasmus* había puesto el huevo y que Lutero lo había incubado; que el reformador había sacado todo su veneno de los escritos del humanista (2). Hubo una especie de tempestad monástica contra *Erasmus*. En todas partes se predicaba contra él, y, según costumbre, en vez de razones se proferían injurias; se le trataba de herejarca, de cismático, de falsario (3). *Erasmus* replicó con viveza; sin embargo, cuando hablaba entre amigos, confesaba que había dicho antes que Lutero, pero con reserva y comedimiento, todo lo que predicaba el gran reformador (4).

*Erasmus* recomienda la lectura de la Sagrada Escritura con tanto celo como Lutero; quisiera que no hubiese una mujer que no poseyera y leyera el Evangelio y las epístolas de San Pablo (5). Se admira con razón de que la palabra de Dios, que Jesucristo mandó predicar á toda criatura, sea ignorada por los que se llaman cristianos (6). En vano se dice que la mayoría de los fieles no comprendería la Escritura; *Erasmus* responde: « Que se expliquen los sacerdotes; la ignorancia del rebaño no prueba que sea muy inteligente el celo de los pastores. ¿ Se quiere saber cuál es el verdadero móvil del clero? Teme que se quebrante su autoridad y que disminuyan los ingresos pecuniarios » (7). *Erasmus* dió comienzo á la obra de Lutero, publicando una traducción latina del Nuevo Testamento, más exacta y más elegante que la Vulgata. Los teologastros se alborotaron; según ellos, la religión había concluido, pues que había hombres que se atrevían, con sacrilega temeridad, á corregir el Evangelio y hasta la oración dominical (8). *Erasmus* respondió, como antes Reuchlin, que facilitando el acceso á las fuentes divinas del cristianismo, había

(1) ERASMI *Colloq.* (*Op.*, t. I, p. 719).

(2) ERASMI *Epist.* 1266 (*Op.*, t. III, 2, p. 1490); *Epist.* 562 (*ib.*, p. 628).

(3) ERASMI *Epist.* 1649 (*Op.*, t. III, 1, p. 746); *Epist.* 481, 530, 533 (*ib.*, p. 530, 579, 583); *Epist.* 547, p. 594.

(4) ERASMI *Epist. ad Zuingl.* (*ZUINGLI* *Op.*, t. VII, 1, p. 308).

(5) ERASMI *Op.*, t. VI, Prólogo.

(6) ERASMI *Op.*, t. V, p. 142.

(7) ERASMI *Epist.* 679 (*Op.*, t. III, P. 1.<sup>a</sup>, p. 797).

(8) ERASMI *Epist.* 207 (*ib.*, p. 188).

prestado un servicio á la religion (1). No dudamos de la buena fe de los humanistas; pero lo cierto es que el invitar á los cristianos á estudiar los textos era alejarlos del catolicismo. Los trabajos de *Erasmus* y de Reuchlin prepararon la exegesis protestante que en nuestros dias ha dado un golpe mortal al cristianismo histórico.

El estudio del Evangelio, de San Pablo y de los Padres de la Iglesia, puso en evidencia la contradicción que existe entre el catolicismo de la Edad Media y el verdadero cristianismo. *Erasmus* es sobre este punto tan explícito como los reformadores: « Jesucristo ha venido á emancipar á los hombres de las observancias que constituían la religion de los Fariseos; por esto dice que su yugo es dulce y ligero. Pero, gracias á los teólogos, el cristianismo ha llegado á ser una religion recargada con mil leyes humanas; por un lado, dogmas sobre la distincion de las personas divinas ó sobre misterios, que se convierten en artículos de fe, como si hubieran sido recibidos directamente del cielo; por otro lado, preceptos innumerables sobre el ayuno, las fiestas, la confesion, los votos, cosas todas inventadas para gravar las conciencias en beneficio del clero (2). ¿Cuál es el fruto de este farisaismo? La masa de los cristianos cree que la religion reside en las cosas exteriores, el Bautismo, la Confesion y la Comunión; añádase á esto el no trabajar los dias de fiesta, la misa y el ayuno, y se tendrá un cristiano perfecto. Lo cual no impedirá á estos discípulos de Cristo amontonar riquezas por todos los medios lícitos é ilícitos, entregarse al desorden y á todas las malas pasiones (3). Este mismo farisaismo constituye la perfeccion tan decantada de los frailes; llevar un hábito determinado, rezar ciertas oraciones, ayunar y azotarse, he aquí lo que llaman vida perfecta. Por medio de estas santas obras llegan á adquirir un orgullo insensato que los ciega hasta tal punto que no ven siquiera que carecen de las virtudes más sencillas, las de los paganos; diríase más bien que su perfeccion consiste en fomentar todos los vicios » (4).

(1) ERASMI *Epist.* 148 (*ib.*, p. 130).

(2) ERASMI *Annotat. ad Matth.* II, 30: *Jugum meum suave.*—C. *Epist.* 477 y 746 (*Op.*, t. III, 1, p. 515 y 872).

(3) ERASMI *Colloq.* (*Op.*, t. I, p. 683 y sig.)

(4) ERASMI *Militis christiani Enchiridion* (*Op.*, t. V, p. 33).

A este cristianismo corrompido opone *Erasmus* la verdadera doctrina de Jesucristo: «Donde asiste el espíritu de Dios, reina la libertad (1). Ábrase el Evangelio. ¿Dónde encontraréis un precepto que prescriba ceremonias? Citadme una palabra de Cristo sobre los hábitos, alimentos, el ayuno y la flagelación. El único mandamiento que da se refiere á la caridad; la caridad es toda la ley (2). Y aún no son las obras de caridad las que justifican al cristianismo; la justificación por las obras también es farisaismo. Entre los judíos habia tantas justicias como obras; entre los cristianos no hay más que una; solamente la fe justifica» (3). Es literalmente la doctrina de Lutero, y á primera vista admira que el humanista que enseña la justificación por la fe no siga la bandera del reformador. Si *Erasmus* se ha negado á seguir á los protestantes, no es, como se ha repetido muchas veces, porque le faltase valor para ello, sino porque no era más luterano que católico. Quedó aparentemente en el seno de la Iglesia, porque en el siglo XVI no habia todavía lugar para los libres pensadores; era indispensable ó continuar en la Iglesia ó afiliarse en una secta. ¡Gloria á los que han preparado la emancipación del espíritu humano! *Erasmus* ocupa uno de los primeros lugares entre estos libertadores.

(1) ERASMI *Enarratio in Psalm. XXII* (*Op.*, t. v, p. 325): «*Ubi spiritus Domini, ibi libertas.*»

(2) ERASMI *Ratio vera theologiae* (*Op.*, t. v, p. 106).

(3) ERASMI *Enarratio in Psalm. XII* (*Op.*, t. v, p. 342): «*Justitia nostra Christus est, qui justificat per fidem omnem hominem ad ipsum venientem.*»

## CAPÍTULO IV.

### EL RENACIMIENTO Y EL PAGANISMO.

*Erasmus* dice que en Italia el Renacimiento era un verdadero paganismo (1). Esta influencia de las letras sobre las creencias de los humanistas era debida al carácter del genio italiano, tanto como al prestigio de la literatura antigua. En Italia el cristianismo no ha tenido nunca la intimidad, la espiritualidad que la raza germánica le ha dado en el Norte de Europa; siempre ha sido una religion exterior para el pueblo y un instrumento de dominación para el clero. El paganismo habia dejado en las almas raíces demasiado profundas para que la religion de Cristo pudiera implantar su exaltado espiritualismo. De aquí resultó que el catolicismo siempre estuvo mezclado con sentimientos paganos. ¿Se creará que en siglo XVI un literato de Ravena enseñaba que todo lo que dicen los poetas griegos y latinos es verdad, y que deben creerse sus fábulas mejor que los misterios del cristianismo? (2). Cuando en el siglo XV salieron de sus tumbas los grandes genios de Grecia y Roma, encontraron un eco en las tendencias de la raza italiana. De aquí aquel entusiasmo por las letras antiguas que tuvo las apariencias de una nueva religion. Sucedió con la antigüedad en el siglo XV como con la filosofía en el XVIII; cuando una idea se apodera con fuerza del espíritu de una generación, toma los colores de un culto, de una religion.

(1) ERASMI *Epist.* 746 (*Op.*, t. III, 1, p. 863).

(2) GLABER RADULPHUS, *Chronic.*, en BOUQUET, t. X, p. 23.

El patriotismo italiano tuvo también su parte en este movimiento de los ánimos. En el siglo xv la Italia fraccionada, dividida, llegó á ser fácil presa para los Bárbaros del Norte, porque los italianos se obstinaban en llamar Bárbaros á los pueblos que muy pronto iban á adelantarles en la civilización. El estudio de la antigüedad vino á consolarlos de su decadencia presente, poniéndolos á la vista un pasado lleno de gloria. En otro tiempo la Italia había sido la señora del mundo, la lengua de Roma había sido la de todo el Occidente; aquella lengua, olvidada ó alterada, seguía siendo la de la raza italiana. ¿Qué tiene de extraño que el entusiasmo por la grandeza romana haya llegado á ser un culto en un pueblo que brilla por su imaginación? Los literatos tuvieron su apóstol en el ilustre orador de Roma (1). Para ellos la santidad consistió en ser ciceroniano, es decir, en hablar la lengua de Cicerón (2). La nueva secta fué tan orgullosa como la Ciudad Eterna, tan intolerante como la Iglesia; separarse en la cosa más insignificante del estilo de Cicerón, emplear una palabra que él no hubiera usado, era una herejía (3). Así mirado, el cristianismo mismo era una herejía, ó por lo ménos, para contemporizar con las exigencias de los ciceronianos, tenía que adoptar formas ciceronianas. Los santos de la Edad Media no hubieran reconocido la religión de Cristo en el lenguaje del cardenal Bembo. Cuando habla de la proclamación de un papa, dice que la debe á los *dioses inmortales*; cuando trata de la Santísima Virgen, el príncipe de la Iglesia la designa con el nombre de *diosa*; llama al Espíritu Santo *soplo del céfiro celeste*; transforma al Hijo de Dios en *Minerva saliendo de la frente de Júpiter*. El cardenal ciceroniano unía á estas niñerías de erudito un verdadero desden hacia los libros sagrados; habiendo encontrado un día al piadoso y sabio *Sadolet* ocupado en traducir la *Epístola á los Romanos*, «Dejad esas puerilidades, le dijo; esas ineptias no son propias de un hombre grave» (4).

(1) ERASMI *Ciceronianus* (Op., t. I, p. 975): «*Ciceroni inter apostolos in Calendario meo locum dedi.*»

(2) IBID., p. 974: «*Quis non malit apud posteros celebrari Ciceronianus quam sanctus?*»

(3) ERASMI *Epist.* 894 (Op., t. III, p. 1.ª, p. 1025).

(4) BAYLE, v.º BEMBUS.—BURIGNY, *Vida de Erasmo*, t. I, p. 560.

Este disfraz de la religión cristiana influyó sobre el fondo de las creencias: al adoptar la forma pagana, había peligro de que también el fondo se hiciera pagano. Escuchemos á un orador católico que habla de la muerte de Jesucristo ante el papa Julio II y los cardenales. La mitad de su sermón versó sobre los altos hechos del pontífice guerrero; el predicador lo comparó con Júpiter lanzando el rayo y haciendo temblar la tierra con un movimiento de su cabeza. Trató después de excitar la piedad de sus oyentes, presentándoles un cuadro de los sufrimientos de Jesús: pero ¿cómo había de conmover á los demás cuando él estaba frío? Después el orador quiso exaltar la gloria de la santa muerte de Cristo. Recordó los Decios y los Curcios, que se habían sacrificado por la república; habló de todos los personajes paganos que habían tenido en más la salvación de su patria que su propia vida. Por fin, deploró la ingratitud de los hombres: Jesucristo, en pago de sus beneficios, es ultrajado por los judíos y condenado á muerte ignominiosa! Por lo demás, ni una palabra respecto del pecado del hombre que había hecho necesario tan gran sacrificio, ni una palabra acerca de la redención del género humano; la muerte del Hijo de Dios es presentada de la misma manera que la muerte de Sócrates (1).

No se equivocaba, pues, Erasmo al decir que los literatos, «cristianos en el nombre y paganos de corazón, preferían los dioses de Homero á Jesucristo» (2). Había en esto un peligro real para el cristianismo. Un papa que no participó del entusiasmo general por las letras vió una verdadera herejía en la predilección de los humanistas por la civilización antigua: Pablo II se mostró duro contra la *Academia romana* fundada por *Pomponio Letus*. No se contentaban los académicos con abdicar sus nombres de bautismo para cargarse de nombres romanos; se los acusaba de rechazar el cristianismo como una mezcla de errores y de mentiras. *Tiraboschi*, el sabio historiador de la literatura italiana, trata de lavar esta mancha del Renacimiento, á riesgo de comprometer

(1) ERASMI *Ciceronianus* (Op., t. I, p. 993).

(2) ERASMI *Op.*, t. I, p. 972, 998, 999. C. *Epist.* 207 (Op., t. III, 1, p. 189); *Epist.* 899, p. 1021.

ter la autoridad del Soberano Pontífice (1). Es difícil decidir respecto de la culpabilidad de los individuos, pero es indudable que la tendencia general de los humanistas de Italia era anticristiana. Uno de los espíritus más entusiastas de aquella época de entusiasmo, *Ficino*, manifiesta que bajo la capa de la literatura crecía la incredulidad: «Los poetas, dice, consideran los misterios como fábulas, y los filósofos los desdennan como cuentos de viejas» (2). Los literatos tenían cuidado de ocultar sus opiniones, porque las hogueras estaban siempre preparadas para los herejes; sin embargo, la incredulidad estallaba á veces por medio de extraños arranques. *Lorenzo Valla* no se contentó con atacar la donación de Constantino; se atrevió á decir que tenía en su aljaba flechas contra el Mesías mismo (3).

Una idea singular, relacionada con las creencias de la época, nos hace ver cuánto se había debilitado la fe en la divinidad de Cristo. Estaba en gran boga la astrología; cuando la religión desaparece, ocupa su lugar la superstición. Creíase que los astros gobernaban el mundo, y que, por consiguiente, todas las cosas variaban como el aspecto del cielo. ¿Era la religión inmóvil, por excepción, en medio de la movilidad universal? No había razón alguna para creerlo, una vez admitido el principio. Los astrólogos enseñaban que el planeta Júpiter producía las diversas religiones por su conjunción con los otros planetas. Como no se conocían más que seis planetas además de Júpiter, no podía haber más que seis religiones: el cristianismo, que era la quinta, había de ser sustituido por la sexta, la cual había de dominar con el Antecristo (4). De manera que el cristianismo dejaba de ser una verdad revelada é inmutable, y quedaba sometido á la influencia de los astros. La irreverencia llegó hasta hacer su horóscopo, y se encontró que se acercaba su fin: «Los milagros cesan, dice *Pomponacio*; ya no quedan más que los falsos; la consumación de los siglos se acerca» (5). Esta doctrina, que envilece la religión, no

(1) TIRABOSCHI, *Storia della letteratura italiana*, t. VI, P. 1.<sup>a</sup>, p. 109, 112.

(2) FICINUS, *Epistol.*, lib. VIII, t. I, p. 899.

(3) BAYLE, en la palabra *Lorenzo Valla*.

(4) J. PICI MIRANDULE, *de Astrol.*, v, 17 (*Op.*, t. I, p. 391).

(5) POMPONAT., *De incantat.* 12, p. 286.

se explica más que por la decadencia del espíritu religioso. Según *Pomponacio*, la fe es cuestión de imaginación; por esto ejerce tanta influencia sobre la infancia de los pueblos. El filósofo italiano admite también que los reveladores pueden engañar á los hombres muy legítimamente (1). Hémos aquí en la degradante concepción del siglo XVIII, que considera la religión como una invención del sacerdocio para explotar la credulidad humana.

Ya se ve, pues, en qué vino á parar el paganismo de los literatos italianos. No debe tomarse al pié de la letra lo que dice Erasmo, y después los historiadores del Renacimiento, respecto del regreso de los humanistas á la religión de Homero. El peligro no estaba en el politeísmo, sino en la incredulidad. La incredulidad, anterior al Renacimiento, tomó un engrandecimiento peligroso bajo la influencia de la antigüedad que resucitaba. La libertad de espíritu, fortificada por la literatura antigua, se volvió contra la religión de la Edad Media. Este movimiento continúa todavía en los tiempos modernos; aún hoy la mayor parte de los literatos son paganos, al ménos en el sentido de que están fuera del cristianismo. Pero no debemos considerar como esencia del Renacimiento lo que no es más que su aspecto negativo. Cuando el entusiasmo domina generaciones enteras, podemos estar seguros que hay algo más que la incredulidad, porque el espíritu humano no vive de negaciones, sino de fe. Creíase que la humanidad va á hacerse atea en el siglo XVIII; no sucede así: la fraternidad, la igualdad, la libertad se convierten en una religión nueva. En el siglo XV parecía que la humanidad iba á volver á los altares de Júpiter; lejos de ello, aspira á una religión más grande que la estrecha ortodoxia de la Edad Media. Estas aspiraciones hácia el porvenir hacen la gloria del Renacimiento.

(1) POMPONAT., *De incantat.* 4, p. 51 y sig.; *de immortal.* 14, p. 103 y sig.